

**Coda:
una etapa
heroica**

En el homenaje a los expresidentes del Consejo de Directores de ITESO, AC, en septiembre de 1976, Xavier Scheiffler, S.J., dijo: “Audacia, arrojo y valor —valor hasta poner en peligro la vida— en Joshé: nacimiento difícil del ITESO. Fe en el triunfo, desprendimiento y generosidad —generosidad que llega a poner en peligro los propios negocios— en don Roberto: adolescencia del ITESO”.¹

A estas personas se puede agregar las figuras de Jorge Villalobos, S.J., y de Luis Hernández Prieto, S.J.

A Villalobos lo hemos mencionado 16 veces en este episodio. Parecen pocas para la magnitud de su labor. Hombre silencioso, dedicado, paciente, con “un corazón de oro y una humildad sincera”; docente consumado: “Su predicación de toda la vida se cifró en la enseñanza de la complicada electrónica y de las ciencias exactas”.² Aficionado a los veleros, conducía al Instituto

1 Xavier Scheiffler, S.J., Homenaje a los expresidentes de ITESO, AC, 7 de septiembre de 1976.

2 Las frases entrecomilladas son de José Gutiérrez Casillas, *Jesuitas en México durante el siglo XX*, p. 605.

Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) sin estridencias, con bonhomía y mucha sensatez, como se puede observar en las intervenciones reseñadas en este escrito.

Luis Hernández Prieto escribió, días después de la muerte de Villalobos:

[...] Nos lega un ejemplo de amor apasionado [...] en la formación de la juventud. Poseía una inteligencia privilegiada, clara y profunda que penetraba hasta las últimas y más remotas consecuencias de los problemas teóricos y prácticos.

Nunca supo lo que era el desaliento. Siempre optimista, idealista, tranquilo ante las luchas por la supervivencia del ITESO, lleno de fe ante las parciales derrotas, aparentes unas, reales otras. Supo levantar las frentes abatidas de algunos de sus compañeros de trabajo. Rico en esperanzas, ante las duras carencias por las que pasó su obra. [...]

Su fe se vio recompensada con la incorporación del ITESO el 11 de noviembre de 1968. Sin embargo, a él no le pareció cosa extraordinaria; la

esperaba con toda la firmeza de su confianza en Dios y en los hombres.³

Sobre Luis Hernández Prieto, mencionado 25 veces en este episodio, escribiría Xavier Gómez Robledo, S.J., días después de su muerte:

Lo mejor de su alma lo conoce Dios, y es obra suya. El Padre Hernández Prieto no fue solamente una inteligencia poderosa y un hombre eficaz en la acción [...] Siempre entregado a los demás, pero en una forma alegre y afectuosa. Se transparentaba en él diría yo, un alma musical. Porque, como dijo bellamente San Agustín hablando de la música y del canto “Cantar es señal de alegría, pero en último término, cantar es una cuestión de amor”.⁴

Estos años del ITESO reflejan que las personas que lo formaban, y la misma institución, pagó, ha pa-

3 *Inter-com*, núm. 45, 1 de octubre de 1972.

4 Xavier Gómez Robledo, S.J., “Un esbozo del Padre Luis Hernández Prieto”, en *Inter-com*, núm. 83, abril de 1976.

gado y seguirá pagando el tributo al llamado “es-píritu de la época”. Pero, como anota Karl Rahner:

¿Puede eso evitarse? Parte de semejante tributo es ciertamente necesaria de querer mantener el derecho de intervención entre los contemporáneos. ¿Quién es el que sabe exactamente y siempre cuál es el gravamen justo y cuál el falso? ¿Quién lo que es la aceptación de una necesidad histórica (“querida por Dios”, como decimos los cristianos) o una moda estúpida que en poco tiempo se desacredita a sí misma? Quien sepa con demasiada exactitud dónde termina un tributo y comienza el otro, se expone a la sospecha de que su altivez sobre la moda contemporánea sea sólo ciega recaída en la rutina de un tiempo pasado.⁵

5 Karl Rahner, “Los jesuitas y el futuro”, separata de *Razón y Fe*, núm. 910, noviembre de 1973, p. 3.